

La medida del olvido

Rosa Beltrán

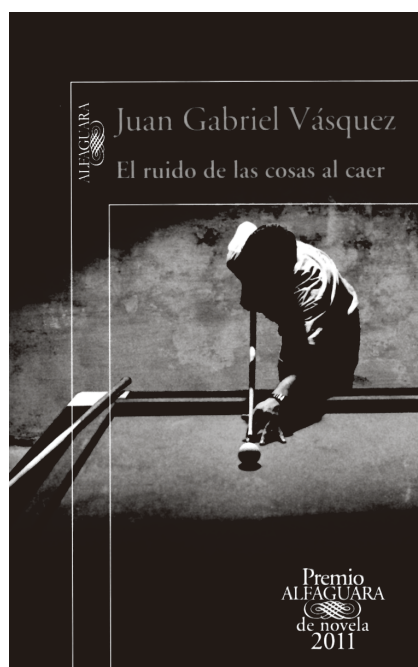
¿Qué clase de ruido hacen las cosas al caer? Una tonelada de plomo pesa lo mismo que una tonelada de plumas. Esto, aunque lógico, es difícil de entender. Algo se agita en nosotros al oírlo; algo se resiste desde que lo aprendemos en la escuela. Y tiene que ver con el sonido y la impronta que nos deja aquello que cae. Otra ley de la gravedad, más lejos de Newton y más cerca de la memoria. La repercusión del pasado en nuestras vidas, ¿cuándo empieza a pesarnos de verdad? La novela de Juan Gabriel Vásquez, ganadora del Premio Alfaguara 2011, es una reflexión continua sobre aquello que captamos sólo como ruido de fondo y que al paso del tiempo y de distintas maneras un día se vuelve el leitmotiv de nuestras vidas. *El ruido de las cosas al caer*, desde el título mismo, una obra destinada a resonar por mucho tiempo entre sus lectores.

Pese a tratar un tema tan latinoamericano como el narcotráfico, los ecos de la literatura anglófona aquí son palpables: la

anécdota se construye sobre el eje del peso y el ruido; sobre sentimientos y sensaciones sutiles que van desvelando la trama. Desde la apertura, una imagen poderosísima capta la atención de quien lee: un hipopótamo suelto por las calles bogotanas es objeto de asombro y asedio de los medios de comunicación. ¿Cuánto pesa un hipopótamo? ¿Sobre todo, un hipopótamo fugado del zoológico de Pablo Escobar, años después de que el capo ha muerto? Pesa mucho más que la tonelada y media que registra la ciencia, porque a su masa específica se une el golpe de ver cómo los francotiradores asesinan al formidable macho del color de las perlas negras de un tiro a la cabeza y otro al corazón y cómo posan con el animal recién caído frente a las primeras cámaras y cómo más tarde comienzan a descuartizarlo porque no hay manera de transportarlo entero.

El peso de esta imagen en retrospectiva será mayor aún para Antonio Yammara, el protagonista, al volver años después a la vi-

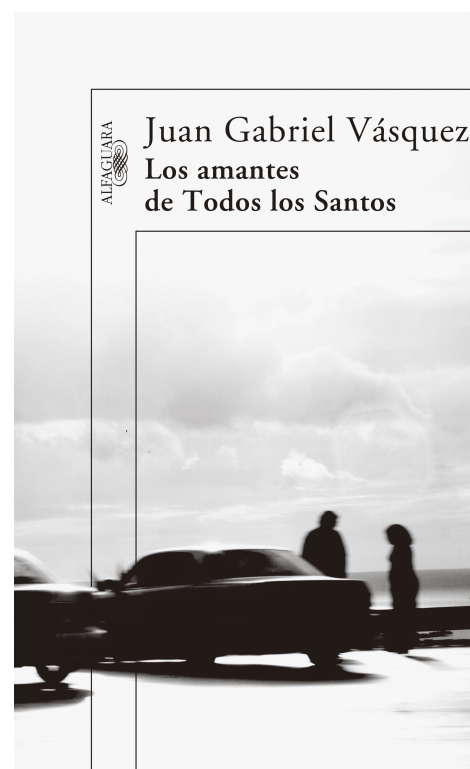
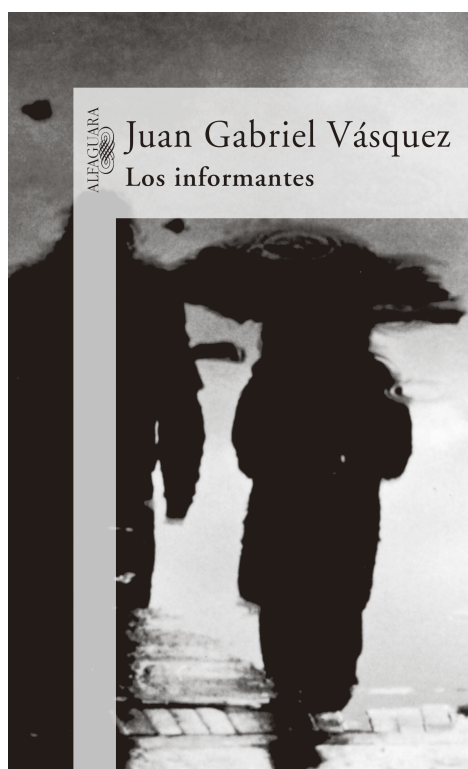
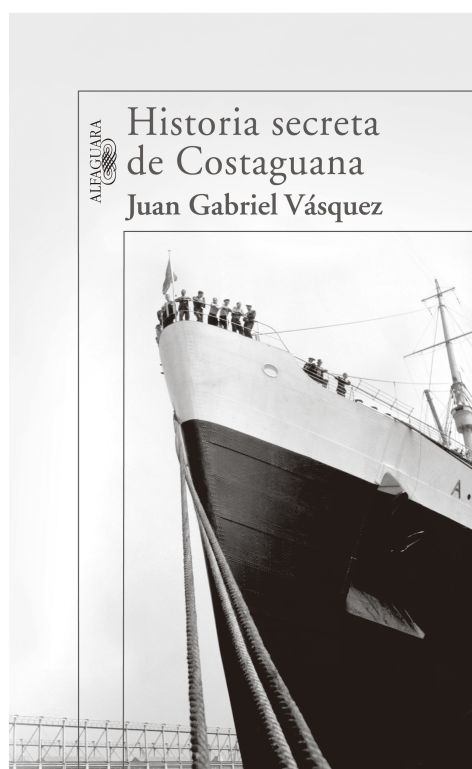
sita que hizo en su adolescencia al zoológico de Pablo Escobar. Un lugar secreto, si puede ser secreto un paraje recorrido por cientos de jóvenes escolares que acudían a escondidas y se extasiaban con su arquitectura y sus especies inauditas, entre las que se hallaba un perico que podía repetir sin equívocos la alineación del equipo de fútbol colombiano. Lo interesante, sin embargo, es que esa visita se une a la fuga del hipopótamo y a una cinta de audio y al gusto por jugar al billar con extraños y se entrelace de modo fortuito y letal como aquel paraguas, aquella máquina de escribir y la mesa de disección de Duchamp. Que gracias a la maestría con que están decantados los elementos de la trama, cada nuevo dato, cada objeto, adquieran una importancia creciente conforme avanzamos en la novela. Y que igual que Yammara los lectores descubramos poco a poco qué tiene que ver la vida de un joven abogado, profesor de leyes en la universidad, quien pasa algunas tardes



© Peter Drubín



Juan Gabriel Vásquez



jugando billar con un desconocido, no con ese hombre, sino con nosotros, que poseemos al menos una historia donde es el azar el que ha definido lo importante en nuestras vidas.

Con un acto fortuito, como el de acompañar a un desconocido (Ricardo Laverde) a escuchar la cinta a la casa José Asunción Silva en Bogotá, inicia el periplo que cambia la vida del joven profesor. Y hay con ese augurio otra confirmación de algo que sabemos: en cualquier momento puede cambiarnos la vida. Pero, ¿cómo saber cuál es ese momento? Y ¿qué tanto dependen nuestras vidas del entorno más que de nosotros mismos, en la época del individualismo y el libre albedrío?

Hay un ruido que parece no hacer ruido, el de algo que nos ocurre y cuyas consecuencias podremos medir sólo en el acto final de nuestra existencia. Pero “el ruido de las vidas que desaparecen al precipitarse al vacío”, el ruido de los que se nos mueren o de los que mueren muy cerca de nosotros aunque no nos sean cercanos y que no podemos desoír hace de esta novela una novela nuestra.

Ambientada en Colombia en los años terribles de la guerra contra el narcotráfico, la suerte del protagonista nos acerca al peligro posible y continuo de quienes se encuentran en un país sitiado por el miedo.

Por eso leer esta novela es en cierta forma como mirar una estrella apagada hace millones de años en la que por esos extraños fenómenos de la física pudiéramos ver lo que ocurre en tiempo presente, aquí y ahora. Su obra es un espejo que refleja el pasado de un país y el presente de otro. Es un libro sobre consecuencias gratuitas y por ello mismo, sobre la fragilidad humana a la que estamos sometidos en el mundo en general, pero sobre todo y a causa del narcotráfico, en América Latina.

Esta línea paralela, las transformaciones en las vidas de los individuos a causa de los cárteles de la droga, es abordada sin juicios ni estereotipos; sin sublimaciones ni falsos heroísmos, desde el nacimiento de este fenómeno, en apariencia ingenuo, a través de quienes transportaban marihuana tras los años de la prohibición, hasta sus consecuencias nefastas en nuestros días. Y es de agradecer que la trama novelesca escape al lugar común de contar el cuento basándose en la archisocorrida estructura de las novelas de la mafia. En cierto sentido, es más una historia del “qué hubiera pasado si...”, ese fetiche al que solemos recurrir con frecuencia cuando nos damos cuenta de que la vida acaba siempre por llevarnos por caminos que no deseábamos. Que la influencia histórica, social, incluso situacional es más poderosa que todos los tratados sobre autogestión y

todas las recetas del “ser uno mismo”, desde los griegos hasta la autoayuda, esa panacea inútil de nuestros días.

Dos elementos finales concentran la emoción que nos deja la más reciente entrega del autor de la biografía de Conrad, *El hombre de ninguna parte*. El miedo, la línea de sombra que ronda el corazón de las tinieblas y que es aquí una emoción compartida por todos los personajes pero también por nosotros los lectores. La Emoción —léanse las mayúsculas, si se quiere, con ironía o cinismo o franco desdén— a la que es difícil sustraernos y que nos invade como país. La amenaza abstracta. Eso. Seguida de lo que ocurre cuando el azar vive y reina aunque nos queramos ajenos. Qué cosas decidimos ver y oír y cuáles no. Y cómo la vida es quien nos indica a posteriori qué era lo importante, dónde estaba lo importante de aquello que decidimos no oír.

Este libro es la prueba fehaciente de la vigencia que encierra la frase de John Lennon incluida en la canción *Beautiful Boy*. “La vida es eso que pasa mientras estamos ocupados haciendo planes”. Esta novela habla del “eso”; explica el significado enorme que puede tener esa palabra. **U**

Juan Gabriel Vásquez, *El ruido de las cosas al caer*, Alfaguara, México, 2011, 272 pp.